

Ensayo de un diccionario de la literatura colombiana

Escribe: NESTOR MADRID MALO

— LETRA "C" —

CASTILLO, FRANCISCA JOSEFA DEL. (1671-Tunja-1742). Nacida en el seno de una familia de arraigadas convicciones religiosas —cinco de sus hermanos ingresaron a la vida conventual—, la Madre Castillo recibió una rudimentaria educación en su propio hogar, pues era de constitución enfermiza y de un carácter muy emocional y sensitivo. Desde niña mostraba —según su propio decir— “una grande y natural inclinación al retiro y la soledad”, poseía “el don de las lágrimas”, sufría de alucinaciones y terrores y vivía atormentada por el miedo al infierno. Sus lecturas predilectas eran las comedias de capa y espada y los libros devotos. En su adolescencia se enamoró de un primo suyo, lo que motivó severas reprensiones paternas que la inclinaron a “salvarse para el cielo”. Fue así como ingresó al convento de Santa Clara, donde bien pronto fue objeto de la animadversión de sus compañeras de vida devota, quienes —celosas de sus excepcionales dotes espirituales— la creyeron enajenada y le dieron el despectivo apodo de “La visionaria”. Allí llegó a sentirse como “en una cárcel de inquisición”, pues durante dos años tuvo que hacer frente a grandes dificultades. Pero, sobreponiéndose a ello, en 1691 pudo recibir el velo de novicia. Entonces se dedicó a la lectura de Santa Teresa y fray Luis de León y al estudio concienzudo de las Sagradas Escrituras, convencida de que el Señor le había “abierto el sentido para entender sus misteriosas y profundísimas palabras”, y le había otorgado “el beneficio de entender el latín como si lo hubiese estudiado con sabios maestros”. Y así, a los veinte años, en ese provinciano convento de reclusas clarisas —la mayoría de las cuales no sabían leer— se dio el caso portentoso de esta monja que entendía el latín, leía y comentaba *La Vulgata* con gran dominio, y daba curso a sus místicos deliquios y experiencias espirituales de un modo tan personal y fuera de lo común, que su confesor le recomendó ponerlos por escrito. Desde entonces comenzó a

escribir, en un lenguaje digno de los mejores místicos españoles, los inefables capítulos de los *Afectos Espirituales* (ver letra "A") —que son su biografía espiritual— y los muy sinceros del *Libro de su Vida*, que es su autobiografía terrena.

Terminado su noviciado, no profesó inmediatamente, pues —como buena admiradora de Santa Teresa, que fue su gran inspiradora— aspiraba a hacerlo en el convento de las Carmelitas. Pero al fin, en 1694, hizo los votos finales en ese mismo convento de Clarisas donde se había iniciado. Allí, aislada en su celda, vivía mortificándose con arduas penitencias y cilicios, entregada a la vida contemplativa, aunque sin rehuir los deberes de su vida conventual, pues fue desde portera y despensera hasta abadesa. De ese modo, al par que se entregaba a sus meditaciones, arrobamientos y éxtasis místicos —durante los cuales se sentía vivir “en un sueño”— no dejaba de preocuparse de las cosas terrenas. Fue así como el año de 1716, siendo mucha la pobreza que aquejaba a la comunidad, sus compañeras —que al fin habían comprendido todo lo que en ella había de excepcional— la eligieron para el cargo de Abadesa. De inmediato consiguió la necesaria ayuda económica y reorganizó la administración de manera tan eficaz, que pronto no solo pudo sanear tal situación sino que emprendió algunas reparaciones del claustro y del templo adyacente. Pero tan pronto lo hubo logrado, de nuevo la hicieron a un lado, sin perjuicio de acudir a ella cada vez que surgían parecidas emergencias, como sucedió en 1729 y 1738. Y en olor de santidad, a los setenta y un años, murió la venerable Madre tunjana, que representó el más grande y extraño caso de vida y obra místicas en la Nueva Granada de aquellos años coloniales.

La obra literaria de la Madre Castillo está contenida ante todo en los mal llamados *Sentimientos Espirituales*, pues su auténtico nombre —que le fue restituído en la edición de 1956— es el de *Afectos Espirituales*. Tal erróneo título provino de la fragmentaria primera edición de 1843. Pero no menos importante, desde otro punto de vista en su ya citada *Vida*, ya que ambos libros constituyen un entretelado conjunto, imposible de separar para quien realmente quiera comprender la integridad de su obra mística y literaria. Los manuscritos de ambas obras permanecieron inéditos, en poder de las clarisas de Tunja, hasta que en 1816 un sobrino de la monja, don Antonio María del Castillo y Alarcón, obtuvo copias de ellos y viajó a los Estados Unidos con el fin de publicarlos allí. Pero solo alcanzó a editar la *Vida* (Filadelfia, 1817), con el título de *Vida de la V. M. Francisca Josefa de la Concepción, religiosa del Convento de Santa Clara de la ciudad de Tunja en el Nuevo Reyno de Granada. Escrita por ella misma de orden de sus confesores*. A partir de entonces, el libro no se volvió a editar, hasta que en 1956 fue incluido en el volumen 103 de la “Biblioteca de Autores Colombianos”. Cuenta allí la religiosa los hechos más importantes de su existencia, hasta 1717, cuando termina su primer período como Abadesa. Desde entonces los datos acerca de su vida son muy escasos. Sin embargo, como anota Gómez Restrepo, la simple y escueta narración no era cosa que se avenía con su estilo oratorio y ampuloso. Por eso literariamente decae tanto en este libro, mientras que

se eleva noblemente en los *Afectos*, donde su místico discurso encuentra dimensiones y ámbitos más apropiados al libre vuelo de sus impulsos y arrobos espirituales (1).

Después de las primeras ediciones citadas, las obras de la Madre Castillo permanecieron en el olvido, hasta que tan encumbrada figura de nuestra literatura fue prácticamente redescubierta por Vergara y Vergara, quien en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada* (1867) la proclamó como “el escritor más notable que poseemos: su estilo y su lenguaje la colocan al lado de Santa Teresa de Jesús, y hasta en las peripecias de su vida le fue parecida”. Luego Menéndez y Pelayo, en su discurso de recepción en la Academia Española, dijo de ella: “escribió en prosa digna de Santa Teresa, un libro de *Afectos Espirituales*, con versos intercalados, no tan buenos como la prosa, pero en un todo de la antigua escuela, y a veces imitados de los de la santa carmelitana”. Pero el primero y más importante estudio que a la Madre se dedicó fue obra de monseñor Rafael María Carrasquilla, quien en su discurso de ingreso en la Academia Colombiana (1890) hizo un detenido examen de sus obras, que complementó en su respuesta el entonces director de la entidad, don José Manuel Marroquín. Es muy interesante el paralelo que el doctor Carrasquilla establece entre la Madre y la santa de Avila.

También ha sido comparada la Madre Castillo con Sor Juana Inés de la Cruz, a cuya altura literaria no está en ningún momento nuestra monja, pero a cuyo lado merece figurar entre los grandes escritores coloniales de Latinoamérica. La granadina no conoció, ciertamente, las alturas líricas de la mexicana. Pero esta no alcanzó en la prosa —y menos en la mística, que no cultivó— el grado de perfección de la tunjana. Es más, la fama poética de la Madre Castillo se asentó por mucho tiempo en algunos poemas de Sor Juana que le fueron atribuidos, por haber sido encontrados copiados entre sus papeles. Aun el propio Gómez Restrepo los incluyó como de ella en el tomo II de su *Historia de la Literatura Colombiana*, y fue necesario que el erudito mexicano Alfonso Méndez Plancarte advirtiera cómo en realidad tres de esos poemas —los titulados *A la Concepción de Nuestra Señora*, *Al Santísimo Sacramento* y las *Endechas a la muerte de Nuestro Señor*— son de la religiosa mexicana. De ese modo, en el haber poético de la Madre Castillo solo quedan los dos *Afectos* en verso (los números 8 y 45) y los restantes tres poemas publicados por Gómez Restrepo en la obra citada, o sean los titulados *Elogios y súplica a María Santísima*, *Desengaños-Exhorto a penitencia-Acto de Contrición*, y el que comienza *De la salud la fuente...*

La significación literaria de la Madre Castillo ha sido muy bien resumida por el maestro Rafael Maya en un breve y preciso ensayo, al cual pertenecen los siguientes conceptos: “Su estilo es la transcripción fidelísima de su agitación interior. Estilo recargado en ocasiones de adornos, y siempre brillantísimo. No obstante su carácter habitualmente metafórico, pues la monja rehuye en cuanto le es posible la expresión directa de las

(1) No se examinan aquí los *Afectos Espirituales* debido a que esta obra fue objeto de un especial comentario en la letra “A”, aparecida en el N° 7 del Vol. VII de este “Boletín”, (1964).

cosas, para darnos su traslación simbólica, no es oscuro, siendo profuso, ni barroco siendo abigarrado. Pero es que en ella no hay alambicamientos, ni conceptismos, ni sutilezas, sino demasiada abundancia. Es laberíntica pero no intrincada; es profusa pero no enigmática; es enfática pero no hueca ni vanamente hinchada. Sus defectos no son extravíos del buen gusto ni aberraciones de la imaginación, sino mala administración de sus excesivos dones espirituales. Carecía de disciplina interior”.

CASTRO, ALFONSO. (Medellín, 1878-Bogotá, 1903). Hizo sus estudios en la Universidad de Antioquia, donde en 1903 obtuvo el doctorado en medicina. Ocupó altas posiciones académicas y científicas en Medellín y Bogotá, donde ejerció su profesión. Humanista y filántropo, supo alternar muy inteligentemente los deberes de la medicina con las actividades políticas y, sobre todo, con el ejercicio literario y el ensayo científico. Profesor de patología general por muchos años en su “alma mater”, donde fue también decano, miembro de las Academias de Medicina de Antioquia y de la Nacional, su reconocida capacidad como hombre de ciencia se manifestó en muchas publicaciones de carácter médico. En política profesó y defendió con valor las ideas del liberalismo, partido al cual representó en muchas ocasiones en las cámaras legislativas. Fruto de ello es el tomo de sus *Discursos parlamentarios* (1938). También se dedicó al periodismo, y colaboró en muchas publicaciones de Medellín y Bogotá. Mucho renombre tuvo la columna que servía en “El Tiempo” con el título de *Rumor de enjambre*. Fue de los redactores de la revista medellinense “Alpha”, de tanta importancia en su época.

Desde muy joven comenzó el doctor Castro su labor literaria, que habría de ser, tanto o más que la medicina, pasión suprema de su vida. En efecto, ya en 1901 publicaba sus iniciales cuentos de *Notas humanas*, que dejaban ver las especiales dotes que para tal género poseía, y las cuales habría de confirmar luego en su segunda obra *Vibraciones* (1903), ambas muy bien acogidas por la crítica. Pero en 1905 se estrenó como novelista con la obra *Hija espiritual*, en la cual se creyó ver una novela en clave, alusiva a personajes y hechos de la sociedad de Medellín, lo cual determinó una serie de consejas y una tempestad crítica sin antecedentes locales. Pero, dispuesto a realizar su obra —que tanto tiene de afirmativo y polémico— el autor enfrentó decidido el turbión, y en 1910 publicó su segunda novela, *Los humildes*, donde pone el dedo en la llaga de la realidad social colombiana.

Por algunos años se dedicó luego al ensayo, y fue así como publicó sucesivamente: *Ideales* (1916), *Higiene de las escuelas* (1916), *Juventud enferma* (1919), *Degeneración colombiana* (1920), y el tomo de crónicas *Anima expuesta* (1920), seguido por el de *Juegos malabares* (1926), donde se advierte el mismo afán de constructiva crítica social que aparece en sus novelas y cuentos.

Prosiguiendo su labor de novelista, publicó en 1922 *Abismos sociales*, y en 1927 *El señor doctor*, donde “trazó la biografía de un médico que

traicionó los mandatos hipocráticos, que se avergonzó de su humilde familia y que pagó sus claudicaciones y liviandades con toda clase de miserias y soledades”, según expresa Arango Ferrer. Luego, en 1931, apareció su tomo de cuentos y novelas cortas *De mis libres montañas*, acaso la más conocida y lograda de sus obras en este campo. Finalmente, ya en sus últimos años, publicó su otras dos novelas: *Clínica y espíritu* (1940) y *Como en tiempos de Calixto y Melibea* (1942).

El doctor Castro perteneció a la generación literaria que subsigue en Antioquia a Tomás Carrasquilla. Contemporáneo de Efe Gómez, quizá no llegó a la maestría de este en el cuento, pero en la novela inauguró ya una manera moderna de tratarla desde el punto de vista de los temas y ambientes que enfocó y describió.

Lucerna de Estudio (crónica y ensayos, 1936), *Presente y futuro* (ensayos, 1938) y *Eduardo Zuleta, cultor de juventudes* (1938), completan la bibliografía exclusivamente literaria de este escritor, ya que sería muy largo enumerar la importante serie de obras científicas de que fue autor.

CASTRO SAAVEDRA, CARLOS. (Medellín, 1924). Desde muy joven abandonó los estudios de bachillerato para dedicarse a la poesía y a la literatura. En 1946 publicó su primer libro de versos, *Fusiles y luceros*, título que ya desde entonces resumía muy bien las dos tendencias de la poética de Castro, quien ha oscilado siempre entre la ternura de su poesía amorosa y la beligerancia de sus poemas de intención social y política. En lo cual ha coincidido con la postura de su maestro Pablo Neruda, cuya amistosa voz tanto lo ha estimulado. En ese ir y venir entre la amada y el combate, tan nerudiano, Castro ha dado muestras de ser un poeta integral, tan apto para hacer que su poesía empuñe un fusil, como para hacerla remontar el desvelado río del amor. Muestras de lo uno y de lo otro son sus restantes libros: *Mi llanto y Manolete* (1947), *33 poemas*, *Música en la calle* (1952), *Despierta joven América* (1953), *Escrito en el infierno* (1953), *Selección poética* (1954), *El buque de los enamorados* (1957), *Humo sobre la fiesta* (1958), *Sonetos del amor y de la muerte* (1959), *Los ríos navegados* (1961), *Toda la vida es lunes* (1963).

Como puede verse, la tarea poética de Castro Saavedra ha sido infatigable, hasta el punto de que tal vez solo la supera en extensión la de ese otro laborioso poeta que es Germán Pardo García. Pero aun así, le ha quedado tiempo para realizar también una aceptable obra en prosa, como se deduce del drama *Historia de un jaulero* (1960), y los volúmenes titulados *Elogio de los oficios* (1961), y *Cosas elementales* (1963). Ha escrito asimismo algunos cuentos infantiles.

CEPEDA SAMUDIO, ALVARO. (Barranquilla, 1926). Estudió el bachillerato en el Colegio Americano de su ciudad natal, e hizo un curso de periodismo en la Universidad de Columbia en Nueva York. Desde hace muchos años se halla dedicado al periodismo, y tras haber sido re-

dactor de "El Nacional", ocupa ahora el cargo de director del "Diario del Caribe", ambos de Barranquilla. En 1954 se relevó como cuentista con el volumen *Todos estábamos a la espera*, donde combina ciertas técnicas utilizadas por algunos escritores norteamericanos, como Faulkner, Saroyan, Truman Capote, que en cierto sentido han sido sus inspiradores. En la revista "Mito" publicó después su magnífico relato *Los soldados*. Sin embargo, lejos de proseguir por esa vía, en 1962 se estrenó como novelista con su obra *La casa grande*, estructurada también al estilo faulkneriano, en la cual algunos personajes genéricamente denominados —la madre, el padre, la hermana— recomponen, a través de unas cartas donde el pasado fluye y se actualiza, los elementos de una historia banal, que el escritor no obstante engrandece con su original manera de construirla y de llevarla literariamente. A partir de entonces Cepeda no ha vuelto a publicar nada que permita apreciar en qué sentido ha evolucionado su talento novelístico o su temperamento de cuentista, campos en los cuales aun podría dar mucho.

CESPEDES, ANGEL MARIA. (1892-Bogotá-1956). Apenas adolescente y sin haber concurrido aún a colegio alguno —tenía solo 16 años—, dio muestras de su precocidad poética al triunfar en los Juegos Florales de 1908 con su hermoso poema *La juventud del sol*, que —al decir de Gómez Restrepo— "por la novedad del pensamiento, la audacia de las imágenes y la esplendorosa belleza de la forma, recuerda las precoces obras maestras de Víctor Hugo". En ese mismo año publicó su primer volumen, *Poesías*, con prólogo de don Miguel Antonio Caro, para quien Céspedes, "sin dejar de ser notablemente pintoresco, es un poeta naturalmente musical". Autodidacta hasta entonces, continuó luego sus estudios en los Estados Unidos, Alemania y Francia, donde siguió los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de París. Aun antes de cumplir veinte años inició su carrera diplomática en Nueva York y Ginebra. En 1913 regresó a Bogotá, como jefe de sección del Ministerio de Relaciones Exteriores, y en 1918 volvió a Europa como secretario de las legaciones en Madrid y Berna, y de la delegación ante la Liga de las Naciones en Ginebra. De vuelta al país en 1924, ocupó algunas cátedras de literatura y, un tanto decepcionado, viajó a Ginebra, donde ingresó al servicio de la Sociedad de las Naciones. Desempeñó allí altos cargos hasta que —estallada la segunda guerra mundial—, retornó al país en 1946, llamado a ocupar una destacada posición en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que a poco abandonó.

A más del citado libro juvenil, Céspedes publicó después uno de sonetos, *Invitación al amor* (1911), y el volumen conjunto con Eduardo Castillo, titulado *Duelo lírico* (1918), donde aparece recogida la polémica poética que los dos aedas sostuvieron con motivo del debate presidencial que enfrentó a Valencia y a Suárez. El resto de sus poesías andan dispersas en periódicos y revistas, pues —absorbido por sus deberes diplomáticos y oficiales— Céspedes se dejó perder en un apabullante mar de prosa burocrática, bajo el cual naufragaron a la larga sus grandes facultades poé-

ticas. De lo que alcanzó a publicar dijo una vez Gómez Restrepo: "En sus posteriores piezas líricas y dramáticas, es un poeta de genio y estilo francés que escribe en magníficos versos castellanos. Los alejandrinos franceses brotan espontáneamente de su pluma, y han merecido elogios de Rostand, que es el maestro con quien guarda más analogías por la constante ingeniosidad del pensamiento y la expresión, el sutil y caprichoso juego de la fantasía, y la amplitud del arranque poético, muy distinto del contrahecho amaneramiento de ciertos modernistas".

Acorde con tales tendencias, Céspedes escribió en francés algunas poesías, muy alabadas por el mismo Rostand. Una de ellas, *Lex casque et le képi* —publicada en "Le galois"— fue muy popular en Europa durante la primera guerra mundial. Fue afortunado traductor de Heredia, Rostand y D'Annunzio. Todo lo cual demuestra hasta qué punto fue francesa la influencia y la formación de este poeta juvenil que la vida convirtió en formal prosista cotidiano.

También al teatro dedicó Céspedes sus preocupaciones. Muy joven aun escribió algunas piezas cortas, como *Escenas de la escuela* y *El congreso de las Musas* (1913). Pero al público solo dio a conocer *El regimiento pasa* (1914), y *El tesoro*, pieza estrenada en el Colón en 1916, y publicada luego en el Vol. 97 de la "Selección Samper Ortega", que es lo mejor de su pluma en este género. Compuso además otras dos obras dramáticas, *Las alas* y *La comedia de los disfraces*, que permanecen inéditas.

CONTO, CESAR. (Quibdó, 1836-Ciudad de Guatemala, 1891). Estudió en el Colegio Santa Librada, de Cali, y obtuvo en el del Rosario, en Bogotá, el título de doctor en derecho. Desempeñó varios cargos públicos en el Estado del Cauca, que lo eligió varias veces representante a la cámara, donde pronto adquirió fama de orador fogoso. Fue secretario del tesoro y crédito nacional durante la presidencia del general Salgar (1870-72). Elegido magistrado de la Suprema Corte Federal, fue luego Presidente del Cauca. Intervino activamente en la revolución de 1876 —fue de los vencedores en la acción de "Los Chancos"—, tal como lo había hecho antes en la de 1860. Viajó después a Inglaterra, donde desempeñó el consulado en Londres. Allí llegó a dominar tan bien el idioma inglés, que en 1883 publicó en París un volumen titulado *Apuntaciones sobre la lengua inglesa*: obra que contiene un tratado sobre las preposiciones y una colección abundante de modismos, refranes y expresiones familiares y del "slang". En Londres apareció un tomo de sus poesías, *Versos de César Conto* (1884), y el famoso *Diccionario ortográfico de apellidos y de nombres propios de personas, con un apéndice de nombres geográficos de Colombia* (1885), que compuso en colaboración con don Emiliano Isaza. Sus preocupaciones filológicas y gramaticales no eran solo de entonces, pues ya mucho antes, en 1875, había publicado en Bogotá un *Curso completo de la lengua italiana*, de mucha utilidad e interés.

Como poeta, Conto —al igual que su paisano Ricardo Carrasquilla— basa sobre todo su fama en las poesías de índole festiva, género en el cual su ingenio brilló agudamente. Improvisador muy feliz —tan elogiado por

Joaquín Pablo Posada en uno de sus *Camafeos*—, sin duda esta gran facilidad resultó en desmedro de su restante obra poética, en la cual no alcanzó nunca la altura que logra, en cambio, en sus traducciones de poetas ingleses, especialmente de Longfellow y Wordsworth.

Conto fue también periodista y polemista. Publicó varios periódicos, siempre combativos, tales como "La Revolución" (Cali), "El Caucaño" (Popayán), y "El Liberal", en Bogotá, bisemanario que comenzó a aparecer en 1888. Libró allí valerosas campañas en pro de sus ideas liberales, que determinaron su destierro del país. Viéndose obligado a establecerse en Guatemala, donde murió en 1891. Muchos años permanecieron allí olvidados sus restos de proscrito, hasta que al fin, en 1924, pudieron ser repatriados y trasladados a su ciudad natal.